A TINTA ROJA

Marta Vega Bernal

A TINTA ROJA

Marta Vega Bernal

Avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2022
© Marta Vega Bernal 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19197-84-9
IBIC: FH

Para mi amigo Ramón Olive

CAPÍTULO I

El Black Palace Building, situado a las afueras de la ciudad y siendo uno de los edificios más antiguos y amplios de todo el país, estaba sumido en un siniestro silencio cuando Olivia Carrión volvía del trabajo. Ser empleada en una oficina monocroma jamás había sido su objetivo en la vida, aunque no podía quejarse; vivía en un lugar emblemático cuyo peculiar nombre se conocía incluso fuera de la ciudad. Este se encontraba situado justo encima de la puerta, con letras gruesas y doradas. La fachada, surcada de balcones, presentaba un color claro y sutil interrumpido únicamente por el fuerte tono roble de la gran puerta de acceso. Un edificio equilibrado que no pasaba desapercibido.

Tranquilo y aislado, el Black Palace Building te hacía sentir en casa, con altos muros y pasillos que a pesar de ser solitarios y oscuros, reconfortaban cuando pisabas sus mullidas alfombras. Con ventanales enormes que permitían las más avispadas fantasías sobre seres oscuros con un toque de elegancia.

Ni el sonido de la madera al crujir bajo sus pies la asustaba mientras recorría el gigantesco salón recibidor del lugar. La

esencia del hotel que había sido años atrás seguía en cada rincón, en cada mueble y en el suave aroma que te embargaba en su interior.

Subió las escaleras mientras rebuscaba las llaves en su bolso. A mitad de estas, su cuerpo rozó otro que iba en dirección contraria y sin siquiera alzar la vista, murmuró una disculpa.

Al llegar a su puerta, abrió, con la mirada a la altura de los números dorados que indicaban el lugar exacto donde se dejaba caer cuando no estaba inmersa en conseguir dinero para no perder su vida. 2º C. Su remanso de paz. Se disponía a adentrarse en él, cuando pisó algo. Se agachó y cogió con sus largos dedos un sobre algo arrugado, donde se leía con una caligrafía cuidada y elegante: «Para quien sea que viva en el 2º C».

Extrañada pero sin otorgarle mucha importancia, ingresó a su hogar y dejó la carta en el pequeño mueble del recibidor. Se quitó la chaqueta que la protegía del frío de la ciudad en esa época y dejó los zapatos junto al mismo mueble. La carta reposaba allí, esperando ser abierta por la joven de mirada vacía.

No eran aún muy altas horas de la noche, pero el edificio solía quedar apagado a eso de las nueve. Debido a ello, se metió en la ducha haciendo el mínimo ruido posible.

Agradecida por tener ese fin de semana libre para dedicárselo a ella misma, se colocó las prendas para dormir y fue al sofá a dejarse caer y leer algún libro hasta que sus párpados no soportaran más estar abiertos. Fue justo antes de sentarse con su gruesa novela policiaca cuando recordó el misterioso sobre y fue en su busca.

—¿Estaré a punto de ser informada de algo que cambiará mi vida? —divagó observando el dorso de la carta.

La abrió con mucho esmero y sacó una hoja doblada a la perfección, con la misma caligrafía del sobre llenando la mitad de esta. Frunció el ceño y comenzó a leer.

Buenos días o tardes a quien esté leyendo esta carta. No conozco nada de su persona, ni siquiera estoy al tanto de su género, pero quería comentarle algo. Jamás he oído hablar de usted, no le he visto por los pasillos, no he sabido nada. Pero sí conozco su habilidad para tocar el piano. Un instrumento precioso que me provoca miles de sentimientos. Cuando oigo sonar las nostálgicas melodías que usted interpreta, me transporto a mi infancia, me transporto a una felicidad que hacía tiempo que no conocía. Y como me ha hecho conocer, yo también quiero hacerle conocer de mi existencia y de mi gratitud al escucharle tocar el piano. Responda o no a esta misiva, no me olvide.

Amablemente, el vecino del 3º C.

Olivia se quedó unos instantes mirando la hoja, atónita. No concebía en su mente espacio para que otra persona conociera de su existencia y la hubiera escuchado tocar el piano. Su mirada viajó de inmediato al instrumento, que descansaba en la esquina del salón.

Sentía muchísima felicidad y una llama se encendió en su interior, queriendo recuperar la fe en la humanidad y en la amabilidad de esta. Jamás pensó leer algo tan educado, tan delicado y tan bonito dirigido a ella. Sonrió y guardó la carta en su sobre. Le escribiría una respuesta de inmediato. ¿Iría esa persona a cambiarle la vida? Probablemente no. Pero le había cambiado la noche. La había hecho feliz.

Rebuscó en los cajones del mueble del salón una hoja cualquiera donde poder escribirle a ese ser de luz. «Para quien sea que viva en el 3º C». Escribió con una sonrisa en el dorso de un sobre que había encontrado a su vez.

Yo tampoco conozco absolutamente nada de su persona, pero sí conozco el sentimiento de felicidad que me llena mientras le escribo esta respuesta. Muchísimas gracias por su apreciación a mi música, soy una principiante al piano en realidad y me refugio en el sonido de sus teclas para evadirme de esta, nuestra vida. Por ello, que usted haya dedicado parte de su valioso tiempo a escribirme para hacerme conocer sobre sus sensaciones al escucharla me hace sentir un poco menos sola en este mundo. Por favor, acepte mis más sinceras palabras de agradecimiento y no se olvide tampoco usted de mí ni de mi piano.

Por cierto, mi nombre es Olivia.

—Mañana mismo se la dejo en la puerta de casa—asintió, guardándola y dejándola encima del aparador de la entrada para no olvidarla.

Tras ese intenso arrebato de sentimientos tan agradables como inesperados, Olivia se sentó por fin a buscar un poco de evasión en la protagonista frustrada de la obra que se disponía a leer.

No ocurrió nada de mayor interés a lo largo de su estado de vigilia. Cuando sus párpados empezaban a ceder daba la medianoche en el reloj del comedor. Sobresaltada de repente por aparentemente nada, se percató de sus constantes cabezazos y se dirigió a la cama.

La noche transcurrió entre distorsionados sueños y muchos movimientos de un lado a otro de la cama. No se despertó ni una sola vez a lo largo de sus horas de descanso, aun así.

Cuando salió por completo de su estado de sueño más profundo fue cuando le pareció oír el lejano sonido de un piano. Con el ceño fruncido y asentándose el cabello, se dirigió al salón, donde se quedó de pie mirando el solitario instrumento.

—Imaginaciones mías—musitó, atribuyéndolo a lo hondo que había calado en ella la carta.

No había recibido nunca un comentario positivo sobre cualquier trabajo o habilidad que desarrollara. Ella trabajaba, se esforzaba y mejoraba, pero jamás nadie se lo había dicho. O al menos no directamente.

Se cambió de ropa y se dispuso a bajar a desayunar al gran salón. A pesar de no ser ya un hotel, muchas personas que residían en el edificio bajaban a preparar sus desayunos o a pasar tiempo en común allí, manteniendo viva la función para la que se había construido.

Salió de su vivienda y al ser las siete de la mañana no había mucho movimiento en los pasillos. Pronto lo habría, puesto que los habitantes, sobre todo mayores, solían estar de pie bien temprano. Sin fijarse mucho en nada, ya que todo el entorno que la rodeaba formaba parte de su rutina, subió las escaleras que jamás había pisado y fue puerta por puerta buscando la indicación del 3º C. Ese pasillo, a pesar de ser estéticamente igual que el inferior, le transmitía una sensación mucho más fría y lejana, como si no formara parte del cálido edificio donde estaba acostumbrada a vivir.

Al encontrar la puerta, dejó la carta con rapidez y volvió a las escaleras mirando hacia atrás a cada cierto tramo de pasillo que recorría. Llegó al gran salón con la respiración agitada y

entonces se sintió estúpida. Se había asustado sin ningún tipo de fundamento. Se rascó el cuello, nerviosa, y se dispuso a prepararse el desayuno.

La estancia se iba llenando a cada minuto, y cuando se sentó en uno de los sillones y dejó su bandeja en una mesita de té, vio que sus vecinas de pasillo estaban todas allí. Nunca se habían parado a tener una conversación personal, pero sí se saludaban y tenían detalles de cortesía.

—Buenos días, Olivia, preciosa—le sonrió la amable vecina del fondo del pasillo.

—Buenos días, doña Soledad—le devolvió la sonrisa—. ¿Cómo lleva la espalda?

—No ha habido mucha mejoría, pero con la medicación descanso mejor. Muchas gracias por preocuparte, cariño.

Soledad era la vecina que más interés por establecer una relación personal mostraba, pero Olivia evitaba cualquier tipo de lazo emocional. No le respondió más y se dedicó a su taza de leche y a pensar en qué podría invertir el tiempo de ese día.

Llevaba varios meses trabajando los sábados y por lo tanto, descansando lo máximo posible el domingo. Este fin de semana quería emplearlo en algo de provecho.

Terminada su comida, decidió que subiría a casa a recoger su bolso e iría a comprar algún libro en el que volcarse esa tarde. También tocaría el piano y fantasearía por su apartamento con una vida ideal en la que viviera de su música y de sus escritos. Algo que sabía que nunca pasaría. Triste, pero se reconfortaba imaginando que en una realidad alternativa podría haber ocurrido.

Un sobre idéntico al que encontró descansaba sobre la alfombra frente a su puerta, con las siguientes palabras escritas: «Para Olivia del 2º C».

—Qué rapidez—se sorprendió, recogiéndola y entrando a por su bolso.

La dejó a un lado y salió, con la intención de leerla en cuanto regresara del centro de la ciudad.

Mientras estaba fuera, el edificio se encontraba lleno de vida. Como cada sábado, familiares acudían a visitar a sus padres, madres, abuelos o tíos. Personas desconocidas para ella llenaban los pasillos y las escaleras, angustiando a los más solitarios y tranquilos.

A la vuelta, cargada no solo con una novela, sino con tres y con un abrigo nuevo, se encontró en un lugar extraño. La calma y quietud había sido sustituida por niños corriendo, por un alboroto inusual que llevaba casi dos meses sin ver, debido al trabajo. Odiaba el ruido y odiaba los niños, así que, a paso rápido, sorteó cada cuerpo en la planta baja, llegando con más ganas que nunca a la comodidad de su hogar.

Dejó las compras encima de la mesa del salón y dejó la olla del almuerzo calentándose. En días como este recordaba por qué se implicaba tanto en el trabajo, a pesar de no apasionarla. Cuando estaba en su casa y tenía demasiado tiempo libre sentía la soledad en su mayor apogeo. Notaba la falta de cariño y amor que había acumulado durante toda su vida, y notaba las inconscientes ganas que tenía de encontrar una persona con quien sentirse segura.

—Esto es lamentable, de verdad… —musitó mientras salía de la cocina.

Fue en ese momento, tras esa queja, que divisó la carta que había dejado horas atrás allí. La recogió y puso toda su ilusión en la nota de un desconocido que vivía en el piso superior. No parecía lo más racional, pero no pudo evitarlo. La abrió con un

poco más de energía que la noche anterior y sonrió al encontrar la delicada caligrafía de la personita.

Buenos días, Olivia.

Me satisfizo mucho su respuesta a mi carta, en la que me abrí un poco debido a la emoción que me causa su música. Me gustaría saber si trabaja usted de ello o simplemente es una afición, ya que si lo es, está desperdiciando un talento increíble. No quiero sonar atrevido, pero ya que nos conocemos al menos por escrito, ¿por qué no conocernos un poco más a través de los sentidos? Me encantaría escuchar hoy su música. Si pudiera deleitarme con alguna de sus piezas, le estaría eternamente agradecido. Si la escucho daré dos golpes en el suelo y así romperemos por primera vez la barrera escritor-lector. Por cierto, yo me llamo Daniel.

Mis mejores deseos, su vecino del 3º C.

Sin tiempo que perder, la chica se sentó ante el piano y sonrió de forma leve antes de empezar a recorrer las teclas con sus dedos. Dejándose llevar por la melodía, tocaba una pieza que le encantaba. Cuando escuchó los dos golpes por encima de su cabeza, no pudo evitar sonreír de nuevo y tocar con más ímpetu con tal de hacer sentir a Daniel lo mismo que ella estaba sintiendo.

El tiempo pasó volando y cuando quiso darse cuenta el almuerzo estaba listo. Mientras lo deleitaba, se imaginaba al vecino del piso de arriba. Quizá lo había visto alguna vez y no se había

fijado. Era un completo misterio para ella. Tenía que escribirle de vuelta.

Buenos días, Daniel.

Me alegra poder conocer algo más de usted. Espero que le haya gustado la pieza que he interpretado, y desgraciadamente, soy solo una aficionada. Trabajo en una oficina gris y mugrienta, mi vida es en una palabra, aburrida. ¿A qué se dedica usted? Y sin intención alguna de faltarle el respeto, ¿qué edad tiene?

Muy amablemente, su vecina del 2º C.

Al no tener ningún plan más interesante que el de comunicarse con su amigo por correspondencia, subió de inmediato a dejarle la carta en la puerta. Siéndose sincera a sí misma, este suceso era el más fascinante que le ocurría en años. Y no sabía si ilusionarse o hundirse en la amargura.

A medida que se alejaba de la puerta de Daniel, sentía una mayor presión en el pecho. Al notar el agobio creciente, se detuvo en mitad del pasillo y entonces oyó una débil voz a sus espaldas:

—Señorita…

Se sobresaltó con creces y su primer instinto fue echar a correr, pero luego descartó la idea y se sintió tonta por imaginarse que algo la acechaba. En efecto, se giró y se encontró a una señora mayor, normal y corriente, haciendo aspavientos. Se aproximó a ella.

—¿Sí, señora? ¿Qué necesita?

—¿Podría llamar a la policía? Yo no tengo teléfono y doña Encarnación no acude a la puerta desde anoche. Temo que le haya ocurrido algo malo.

—Por supuesto. Llamaré ahora mismo. En el gran salón recuerdo que había un fijo, yo tampoco dispongo de teléfono propio.

Bajó a toda prisa a la gran estancia de entrada y marcó el número de emergencias. Les comentó la situación y le comunicó a la señora que venían de camino. Ambas se quedaron ante la puerta dispuestas a no moverse de allí hasta que acudieran a ver qué pasaba.

Olivia estaba sorprendida ante las inusuales circunstancias que la rodeaban. De pie en el pasillo, cambiaba constantemente el peso de su cuerpo de una pierna a otra. La espera se estaba haciendo eterna, cuando por fin escucharon a varias personas subiendo la escalera.

La joven se retiró de la puerta, con intención de marcharse a su casa y dejar a la señora y a doña Encarnación con sus temas personales y sus problemas. Pero entonces, se escuchó un grito agudo y estremecedor. Girándose sobre sus talones, se encontró a la mujer que había solicitado su ayuda de rodillas en el suelo con las manos en el rostro. Uno de los enfermeros estaba hablando por teléfono, pidiendo ayuda e informando de un homicidio en ese piso.

Olivia sintió que el corazón le daba un vuelco al oír la palabra *homicidio*. Se acercó un poco más a la zona. Con delicadeza, ayudó a la señora a levantarse, y esta rompió a llorar, aferrándose a ella. De inmediato, las puertas a su alrededor comenzaron a abrirse y los vecinos a asomarse llenos de curiosidad. Poco tardaron en comprender la situación, y no pudieron aguantar

gritos ahogados, haciendo del pasillo un lugar lleno de miedo e inquietud.

Mirando a su alrededor, atemorizada como todos los demás, vio a un chico joven en el marco de la puerta donde había dejado la carta una media hora atrás. La sostenía contra su pecho y su rostro reflejaba una profunda preocupación. Ella no quiso hacer contacto visual, nerviosa ante la mirada del chico que recorría toda la escena sin entender muy bien qué había ocurrido.

La policía llegó pronto y sacaron el cadáver cubierto sobre una camilla. Solo se oían los pesados pasos de los médicos transportando a la difunta mujer. Nadie terminaba de asimilar lo que había pasado, porque no había sido una muerte natural. Doña Encarnación había sido apuñalada cinco veces con mucha furia.

—Hay un asesino entre nosotros—exclamó la señora que se mantenía pegada a Olivia como si buscara refugio en sus brazos justo antes de romper de nuevo en un amargo llanto que inundó el pasillo y hasta el último rincón del Black Palace Building.

CAPÍTULO II

El edificio no volvió a ser el mismo. La confianza que se guardaban todos los residentes se había perdido en un instante y no se atrevían ni a saludar cuando se cruzaban en un pasillo o en la escalera. Rehuían cuando veían una sombra doblar la esquina y comprobaban que la puerta estaba cerrada como nunca antes habían hecho.

Esa mañana de domingo, reinaba un silencio sepulcral. Olivia no tenía ánimos ni de bajar a desayunar al gran salón. Sentía el corazón empequeñecerse cada vez que recordaba la camilla con el cuerpo de Encarnación bajo una fría sábana. Se vistió con desgana y desayunó repasando con la mirada desde la ventana a los coches y a los transeúntes que paseaban ajenos a la tragedia que guardaban esas paredes.

La policía había comunicado que interrogarían a cada uno de los vecinos, que no eran pocos, por lo que nadie podía abandonar su hogar en las próximas horas.

—¿En qué momento desearía que mi vida dejara de ser tan rutinaria? —murmuró.

Se preguntaba quién estaría siendo interrogado en esos momentos, e incapaz de aguantar con la duda, decidió acercarse al gran salón. Los agentes asignados al caso llevaban desde las ocho allí y eran las nueve y media, por lo que supuso que no deberían faltar muchas personas hasta que llegara su turno.

En efecto, en ese momento ocupaba un gran sofá de la planta baja la pequeña familia que vivía en la puerta contigua. No quería parecer indiscreta ni que la pillaran deambulando por el pasillo cuando fueran a llamarla, por lo que regresó arrastrando los pies a su puerta, donde se encontró un nuevo sobre. «Para mi amiga Olivia».

—¿Amiga? Qué confianza, ¿no? —rio sin demasiadas fuerzas.

Tal era su estado de horror y de asombro que ni se había acordado apenas de su correspondencia con el joven al que había visto por primera vez hacía unas horas.

Sosteniendo la carta entre sus delicadas manos, cerró la puerta detrás de sí y se dejó caer en ella, derramando unas amargas lágrimas llenas de soledad y de frustración. No sabía cómo había acabado en semejante existencia, con lo soñadora que era y lo trabajadora que había sido desde pequeña. De nada había servido. Todo le había salido mal y ni siquiera se conocía a sí misma un mínimo. Lloró largo y tendido tras haber reprimido sus sentimientos varios días. Lloró por ella misma. Porque no la conocía de nada.

Abrió la carta tras haber dejado escapar todo ápice de tristeza y leyó despacio, prestando atención a cada palabra.